



Valores

Wojciech Wilczyński

VALORES

Greg observó las amplias arterias desde la ventana de su apartamento, situado en el vigesimosegundo piso. Las vistas cotidianas de repente le parecían completamente ajenas. Los edificios, que parecían cajas de diferentes formas y colores, se erguían a los lados de las tiras negras pintadas aquí y allá con rayas blancas. Más allá, entre las líneas de asfalto que se cruzaban entre sí, había círculos que recordaban a un reloj sin agujas, que se movía en sentido contrario, de manera extraña. Uno de ellos trabajaba sin cesar, mientras que otros, más complicados, se detenían durante breves instantes, para después reanudar el movimiento en dirección contraria y perpendicular guiados por unas luces verdes. El tráfico incrementaba y las tiras y los círculos latían con un torrente que se iba haciendo más denso en muchos puntos y que fluía ante sus ojos en direcciones completamente inesperadas.

Las cajitas de colores brillaban con una luz que se filtraba a través de pequeñas aberturas rectangulares de cristal. A medida que despuntaba el amanecer se apagaba poco a poco su luminosidad artificial, en la que se podían percibir en algún que otro lugar figuras en movimiento. Todos los días por la mañana, por voluntad propia, estas se desplazaban a lugares esclavizantes en los que permitían que otros destruyeran su verdadera esencia – reflexionó. El único derecho que se les permite ejercer es un derecho sagrado, el derecho a permanecer en silencio. Un silencio que en absoluto garantiza la seguridad. Giran y giran sin ton ni son como engranajes de una máquina gigante de la que no hay escapatoria.

Hoy no voy a hacer la cama – decidió Greg. Dentro de unas cuantas horas el día gris volverá a transformarse en una noche de insomnio. Encendió la televisión para ver las noticias atrapado en pensamientos en los que imaginaba una destrucción global, una aniquilación total, como solución fácil y radical para solucionar todos los males.

Y en la televisión lo de siempre. Corea del Norte solo amenaza e intimida, pero es cada vez más débil. Quién sabe si no acabará uniéndose a la del sur bajo el pérfido eslogan de la conversión – se preguntó. Esta “anexión” salvaría a millones de personas de la pobreza y la muerte. China está sumergida en la economía hasta las orejas, pero se ha olvidado de la lucha y de las antiguas ideas. Piensan que son las finanzas las que mueven el mundo. Navegan hacia el bienestar, así que tampoco se puede contar con

ellos. El islam pierde simpatías sin poder hacer mucho. Sus guerreros siembran miedo y confusión por el mundo – pensó. Rusia se encuentra sumida en la más absoluta pobreza y es la más peligrosa. Pero ni siquiera ella, profundamente atrapada en los negocios oligarcas, se decide a atacar. A no ser que una completa ruptura interna obligue a sus políticos a ser agresivos como único antídoto para poder salvar al pseudo imperio de la caída.

Hay inestabilidad, pero de ahí a que se llegue a una aniquilación de este mundo depravado, todavía queda. Greg se extrañó de la estabilidad existente dentro de la inestabilidad, que ya duraba unas décadas. Los conflictos locales se sofocan, no se propagan – constató.

Estaba convencido y era consciente de cuál era la causa. Wall Street controla todo. Se aprovecha de las guerras y conflictos que dirige desde la distancia y amasa un capital que se concentra cada vez más en manos de unos pocos. No tenía dudas de que manipulaba el mundo entero de este a oeste. ¿Qué podría hacer que desapareciera? – se preguntó, sentado en el sillón. Las imágenes en movimiento que aparecían en la pantalla y el torrente de palabras habían dejado de interesarle. Con desesperación y determinación se planteó diferentes maneras con las que acabar más rápido con esta sórdida civilización, sin descartar la posibilidad de que un asteroide de grandes dimensiones se estrellase sobre la Tierra.

Después de lo que había vivido en el bufete había caído en una depresión. Era consciente de que sus pensamientos catastrofistas eran unilaterales. Un exterminio generalizado no protegería las ideas nobles ni los verdaderos valores. Debido al odio que sentía hacia la riqueza que deforma las relaciones humanas, no era capaz de contenerse y de pensar en las diferentes posibilidades de una catástrofe global.

Ya no tenía que afeitarse a toda prisa por las mañanas. En los armarios estaban colgadas la ropa de Armani, las corbatas a la última y las camisas sin usar. Reliquias de mi ciego pasado – pensó. Se había liberado de las carreras sin fin y sentía alivio. No tenía que quedarse en la oficina hasta altas horas de la noche para estudiarse pilas de papeles y preparar las notas de la reunión de la mañana. Ya no tenía que quedarse de manos cruzadas ante la escalada de bajezas, acabar con la competencia ni llevar a cabo infames órdenes de despiadados jefes, como las del odiado Eisenberg.

Ya no tenía que recordar tarjetas, chips, certificados, pines, contraseñas, códigos y a saber qué más, ni escribir cada mes los datos secretos en un sitio nuevo y discreto, así hasta volverse completamente loco. Que le den a toda la tecnología, a los ordenadores, a los programas y aplicaciones especiales que solo sirven para esclavizar a la humanidad – pensó.

En una civilización de robots que piensan un millón de veces más rápido que una persona, desaparecerán para siempre los sentimientos y la belleza: el amor, la unidad, la compasión, la honestidad. Estos conceptos se desmaterializarán en un mundo poblado de cifras y endiablados algoritmos.

Él se encontraba ahora lejos de ese mundo, evitando consecuentemente el contacto con ellos. Al existir en soledad, no tenía que cumplir normas, modelos y cánones sin sentido. No salía, no enviaba mails, no llamaba por teléfono y no acordaba nada con nadie. No tenía que centrarse constantemente en simplificar las cambiantes reglas y técnicas, para duplicar los estúpidos estándares y procedimientos. Tenía una caja fuerte segura y dentro, dinero que le bastaría para mucho tiempo. Tenía que repensar muchas cuestiones.

Precisamente a esta hora el departamento de gestión estaría leyendo el periódico y la correspondencia del día mientras se tomaban un café y esperaban estresados a que les llamara el jefe. No me dan pena – constató Greg. Había hecho bien tirando el acta a Eisenberg encima de la mesa y diciéndole a los ojos todo lo que pensaba sobre él. Pensaba que a todos se les podía comprar, que la transacción era simplemente una cuestión de precio. Sintió un profundo alivio. Ya no iba a participar en el empobrecimiento de cientos de personas de rostros entristecidos, cansadas de sus miserables vidas. No hacían un buen negocio si se dejaban convencer por él. Se desprendían de sus tierras prácticamente a cambio de nada. No podían saber sobre los planes secretos de urbanización de las afueras. Pensaban que se estaban deshaciendo de tierras sin un uso y se alegraban inocentemente de la venta que acababan de realizar. Ya no tenía que escribir informes sobre los éxitos que no eran más que robar a personas simples, que no sospechaban nada.

Cuando el bufete de abogados New Real Estate comprara todos los terrenos y edificios en la zona de las afueras, saldría a la luz el acuerdo secreto con el alcalde y la preparación de nuevos planes secretos sustituirían a los actuales de un día para otro.

Solo unas pocas personas eran conocedoras de esos planes. Para Eisenberg y sus clientes sería Eldorado. Sobre las tierras de esos pobres se abalanzarían las constructoras y la ciudad se lanzaría con ímpetu a diseñar proyectos y a construir una infraestructura de comunicación. Los precios de las tierras subirían como la espuma. La mayor parte de los engañados se enteraría ya una vez consumados los hechos, de que les habían arrebatado las propiedades de sus padres. Esas personas nunca lograrían salir de la pobreza. Las nuevas generaciones heredarían los malos hábitos y peligrosas adicciones como el alcoholismo o la drogadicción. No podrían tener una educación que les permitiría encontrar un trabajo. No enviarían a sus hijos a escuelas superiores, conservatorios o universidades. No podrían permitirse tratamientos en buenas clínicas para salvar su vida y su salud. Se convertirían en la masa de clase trabajadora, sin perspectivas de una participación real en los beneficios derivados del desarrollo. La brecha material entre los ricos y los pobres no para de crecer, porque el estado no cumple con su obligación de redistribuir la riqueza. No obstante, el cambio de ricos a pobres no presenta ningún problema. El capitalismo codicioso sigue triunfando.

Greg podía medirlo con la riqueza amasada injustamente de personas como Eisenberg. Pero él, un humilde abogado, cortaría la cabeza de esa hidra. Lo tenía todo pensado. Las copias de los documentos de la empresa estaban seguras en la caja fuerte de su casa y en la redacción. El artículo documentado a fondo ya estaba preparado y saldría mañana. No se había callado nada. La compra de terrenos iba acompañada de numerosas acciones del bufete que suponían delitos de carácter económico, financiero, fiscal y se entrelazaban con hilos criminales. Pese a haber firmado una cláusula de tres años en la que se comprometía a seguir las normas de fidelidad y discreción como trabajador, pensaba que las ideas que tenía contra la empresa hacían que no se viera obligado a cumplirlas. En las conversaciones con el redactor se había reservado el derecho al anonimato, pero había firmado una cláusula que le obligaba a dar la cara en caso de que el bufete se querellase contra el periódico.

Greg abrió el frigorífico y metió en el microondas un plato de su local preferido. Por suerte, delivery.com le llevaba a casa los platos de cualquier restaurante que quisiese. Era mucho mejor que el monotemático servicio de una cadena de pizzas, hamburguesas sushi o pasta – pensó.

Pensar que se había mudado de Nebraska a Nueva York para trabajar en el bufete esperando alcanzar el éxito en su vida. Sus estudios en la universidad jesuita Creighton

University of Law de Omaha habían costado una fortuna a sus padres. Pero estos no se habían preocupado de que fuera dinero malgastado, ya que en los rankings la universidad privada de Creighton, con más de cien años de tradición, figuraba en primer lugar entre las universidades del Centro Oeste. Había sido su arduo trabajo en los programas de la Facultad de Derecho los que habían hecho posible que se hiciera con una beca de la Fundación Fullbright. Las prácticas y el contrato en un conocido bufete de abogados neoyorkino le habían abierto nuevas perspectivas. Estaba convencido de que su carrera se encauzaba en la dirección adecuada. Y al poco tiempo iba a casarse con una chica que había conocido no hacía mucho en un concierto. La vida se había encargado de arrancarle de cuajo estas ideas.

En el bufete, no tardó en darse cuenta de que debía olvidarse rápidamente de los cánones éticos que le habían inculcado en Creighton. Y de la ética profesional como abogado. Tenían a los mejores economistas protegiendo al bufete y a sus clientes de los impuestos. Y la sociedad afianzaba su posición colaborando con despachos de detectives.

Greg miró el reloj: iban a dar las once. El repartidor de delivery.com iba a traer la comida y las bebidas antes del mediodía. No se sorprendió cuando sonó el portero automático y vio en la pantalla una figura con el uniforme de la empresa de reparto. Apretó el botón. Al poco, sonó el timbre de la puerta y cuando la abrió, dos hombres enmascarados le inmovilizaron. Vertieron un líquido en su boca. Fue el último momento que tuvo de conciencia.

Al pasar dos días en los que no respondía al teléfono ni a los mensajes que le dejaban, la familia, preocupada, alertó a la policía. Al abrir la puerta del piso se encontraron a Greg Hamilton en el sillón del salón. Estaba inconsciente. El médico de urgencias diagnosticó de entrada una fuerte deshidratación y una probable parálisis. Los análisis realizados en el hospital mostraron que había sufrido un infarto extenso. Las posibilidades de rehabilitación con éxito y de entablar contacto con el enfermo eran mínimas.

El artículo en el que se describía el funcionamiento del bufete New Real Estate no salió el día acordado ni ningún otro.

Para la familia de Greg, su repentina enfermedad fue una noticia trágica, pero no del todo sorprendente. Hacía mucho, cuando todavía iba al colegio, le habían diagnosticado

una arritmia y una insuficiencia mitral. Sus familiares y amigos de Creighton sabían muy poco del trabajo de Greg en el bufete. No le había dado tiempo a rehacer su vida personal en Nueva York. Con Ashley, su novia de la universidad, no había mantenido el contacto desde que se había ido de Omaha. Igual con Lisa, su antiguo amor de los tiempos de colegio de Lincoln, su ciudad natal. Hacía un año que no había ido a la casa familiar.

Henry, un bibliotecario amigo suyo, había esperado a Greg toda la semana, tal y como habían acordado. Cuando no apareció, entendió que no le quedaba otra que cumplir con lo que le había pedido. Sacó de una bolsa los seis paquetes que había preparado su amigo. Los destinatarios eran despachos de los jefes de gobiernos, tres diarios y el padre de Greg. Todos los paquetes estaban perfectamente sellados y se había pagado ya el importe de los gastos de envío. Solo había que meterlos en el buzón. Así hizo, pero desde una oficina de correos en un barrio alejado. Tenía el presentimiento de que estaba tomando parte en algo muy importante y...peligroso.

Tras unos días, la prensa informó acerca de las investigaciones que estaba llevando a cabo la fiscalía contra la sociedad legal New Real Estate, varias oficinas de inversión y el gabinete del alcalde. Cuando el apellido de Greg Hamilton apareció en uno de los artículos del periódico, Henry entendió lo importante que había sido la misión que le había confiado su amigo. Se enteró de que Greg se encontraba en uno de los hospitales del centro, pero no se atrevió a visitarle. El estado de Greg no era la causa de su decisión.

Copyright by Wojciech Wilczynski